

LA MISERIA DEL POPULISMO

26 septiembre de 2019

En el siguiente documento se presenta una reflexión sobre el populismo y sus efectos perjudiciales para el sistema político. Para ello, se expone una definición de populismo como forma de discurso y de acción política que despierta tribalismos colectivistas. Luego, se exponen los efectos que dichos discursos tienen sobre las instituciones sociales y políticas. Por último, se establece que su miseria consiste en su incapacidad endógena de producir un verdadero mejoramiento en las condiciones políticas y sociales.

Benjamín Ugalde¹

 HORIZONTAL

¹ Doctor en filosofía por la Universidad de Chile; ha realizado diversas estadias de investigación en la Universidad Aix-Marseille, Francia, de las cuales la última (2014-2015) fue una estadia postdoctoral vinculada al estudio del pensamiento político de los sofistas; ha publicado diversas reseñas, artículos, capítulos de libros y columnas de opinión sobre temas relacionados con filosofía antigua, política, ética y economía; desde el año 2005, y a la fecha, se desempeña como académico de la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad de Chile; su último artículo es «Liberalismo social y feminismo en John Stuart Mill» (2019) publicado por Revista Átomo; además, es investigador adjunto del centro de estudios Horizontal y miembro electo de la Comisión Política de Evópoli.

I. Antecedentes

Hay numerosos signos que indican que Chile está entrando en una espiral política de carácter populista. Ya desde hace unos cuantos años ha sido posible observar cómo ciertos sectores –que representan una parte no menor de la política chilena, tanto en la izquierda como en la derecha– están enfrascados en discursos sin ningún asidero o correlato empírico que pueda darle sustento político, social o económico a sus propuestas; prefieren apelar a la emoción y a ciertas pulsiones tribales y colectivistas. La buena noticia es que esta situación –aunque avanzada– no es en ningún caso irreversible; en estricto rigor, ningún fenómeno social lo es, pues –a pesar de lo que creían Comte² y Marx³– no existen leyes universales del desarrollo histórico que puedan determinar *a priori* los avances o retrocesos que experimentarán las sociedades humanas –como lo ha demostrado el filósofo Karl Popper al rechazar estas teorías historicistas⁴.

El inicio de este proceso de descomposición paulatina del discurso político puede situarse, probablemente, a partir del año 2011. Por ese entonces, la Concertación de partidos por la democracia –la alianza que gobernó Chile entre 1990 y 2010–, quemó sus naves y renegó de lo hecho hasta ese momento. Todo lo obrado por esa coalición apareció a los ojos de sus otrora miembros como “caduco”, “insuficiente” o derechamente “neoliberal”.

² A. Comte afirmó la existencia de una “ley de la evolución intelectual de la humanidad o ley de los tres estados” –esto es, el teológico, el metafísico y el positivo– en su *Discurso sobre el espíritu positivo* (1844).

³ K. Marx expuso en *El capital* (1867) lo que él creía era una “ley económica del movimiento de la sociedad moderna [...] la ley natural de su movimiento”, esto es, las leyes de las relaciones de producción sujetas a la ley histórica de la lucha de clases.

⁴ En *The Poverty of historicism*, aparecido primeramente como artículo en tres partes en la revista *Economica* entre los años 1944 y 1945, y luego como obra unitaria bajo el mismo título, en editorial Routledge (1957). [Traducción española, *La miseria del historicismo*, Alianza Editorial, 2014]. El título del presente texto es, por cierto, una paráfrasis del título de esa obra de Popper. El origen de este juego de palabras remonta a la discusión entre Proudhon y Marx. En el año 1846 Proudhon publicó una obra para refutar la concepción tradicional de la economía política, su *Sistema de las contradicciones económicas*, subtitulándola como *filosofía de la miseria*. Marx le respondió con su obra *La miseria de la filosofía* (1847), señalando que la miseria era en realidad de la filosofía misma, pues, en su concepción tradicional, ella es incapaz de cambiar o mejorar la situación de la humanidad. Popper refuta la concepción marxista de la historia y su análisis sociológico señalando que la pobreza y la miseria es fruto, más bien, del método estéril con el que se aborda la investigación social. El método historicista, propio de Hegel, Comte y Marx, entre otros, es pobre e incapaz de producir una verdadera comprensión de los fenómenos sociales, pues los mistifica y falsea al atribuirles leyes inexistentes; y por lo tanto, la acción política que surge de su aplicación es principalmente destructiva e inconducente. Planteo aquí que sucede lo mismo con el discurso y la acción política populista: por una parte, distorsiona la comprensión de los fenómenos sociales volviéndolos emocionales, tribales e identitarios, y por otra, es incapaz de producir ningún avance social real y duradero.

Fue el punto de inflexión en que la socialdemocracia chilena cedió a las pulsiones que habitaban la izquierda hace ya bastante tiempo. Desde la perspectiva de esta nueva izquierda que emergía, se veía incluso con cierta envidia los “avances” logrados en Venezuela, Bolivia y Ecuador por el –en esos años– “exitoso” Socialismo del siglo XXI.

Fue así que la centroizquierda facilitó el rebrote del populismo al que Chile parecía inmune hasta entonces, al menos durante gran parte de los 20 años en los que ella gobernó. Los liderazgos que en algún momento se mostraron prudentes y circunspectos ahora no escatimaban en su crítica al sistema institucional, social y económico del país. Lo anterior dejó en evidencia que nadie es realmente inmune a la tentación populista, esto es, a la idea de poder tomar unos atajos mágicos que permitan saltarse los tramos más duros del tortuoso camino al desarrollo integral de una sociedad. La izquierda chilena entró en este proceso sin tener mucha claridad si acaso con él se liberarían unas poderosas pulsiones latentes entre quienes estaban menos dispuestos a ejercer el rol de oposición política, y que, ahora, éstas se desatarían sin la circunspección propia de la responsabilidad que involucraba gobernar.

Pero, como era de esperar, este “desfonde” político de la Concertación, y el consiguiente resurgimiento del populismo de izquierda, impulsó también su contracara: el rebrote de algunos movimientos reaccionarios de una cierta derecha que estaba “dormida”, o contenida institucionalmente, entre ellos, el pinochetismo y el conservadurismo autoritario⁵. La contingencia de la crisis migratoria que hoy enfrentamos a nivel mundial ha facilitado este proceso en muchas de las derechas del globo, esto dado que el populista de este sector utiliza usualmente el sentimiento de pertenencia e identidad nacional para agitar y movilizar las masas.

Así pues, si un sector de la izquierda chilena se “envalentonó” con el fenómeno del Socialismo del siglo XXI, hoy cierta derecha no se ha quedado atrás observando con envidia los fenómenos políticos de Trump, Bolsonaro y otros líderes con claros rasgos populistas –aunque tal vez sea necesario reconocer que, al menos hasta ahora, su contraparte de izquierdas les lleva la delantera. El Estado fallido en Venezuela se ha

⁵ El que debe distinguirse muy claramente del conservadurismo *tradicional* o *clásico*. Véase más abajo.

transformado en el ícono de la destrucción social y política a la que puede llevar el populismo en nuestro continente.

II. Definir el populismo

Pero ¿qué es realmente el populismo? ¿De dónde brota su fuerza?

Naturalmente, no es posible definir el concepto “populismo” con una exactitud matemática; con él se describe más bien, de un modo un tanto difuso y en sentido amplio, ciertas formas del discurso político. Sin embargo, a pesar de esta dificultad, resulta bastante evidente que con “populismo” se quiere indicar algo más que el mero discurso “demagógico”, o una cierta forma de “radicalismo” o “fanatismo político”, aunque usualmente todo ello le acompaña; lo que hace más dificultoso aún distinguirlo en su forma específica.

En este sentido, el populismo puede ser definido provisoriamente como una forma del discurso y de la acción política que despierta los tribalismos colectivistas. En efecto, la política populista es tribal pues apela a las pulsiones latentes más profundas de una humanidad que todavía no ha logrado dejar atrás el efecto del tránsito de una “sociedad cerrada”, tribal y puramente colectiva, a una en que todos los individuos son considerados en su propia singularidad y especificidad, o “sociedad abierta”, como la denomina Popper⁶.

El líder populista tiene la capacidad de reconocer estas pulsiones que remecen y gatillan ciertos temores o pasiones en la población. Así, cuando el populista apela, por ejemplo, a la expropiación y confiscación masiva de los bienes privados, está probablemente desatando la pulsión del pasado estadio comunista del clan tribal; y cuando apela al nacionalismo identitario para oponerse a la inmigración, está desatando la pulsión tribal

⁶ *The Open Society and Its Enemies* (1945) [Traducción española: *La sociedad abierta y sus enemigos*, editorial Paidós, 2017]. El reconocimiento de la individualidad de todos los seres humanos es el signo claro de una sociedad abierta y democrática. Lo opuesto es propio del tribalismo: el individuo es secundario, sólo tiene valor en la medida en que pertenece a una comunidad, clan o colectivo determinado.

de pertenencia a ese mismo clan, pulsión según la cual todo forastero es potencialmente un peligroso enemigo.

El populismo es la política del miedo. El líder opera permanentemente con el temor, ya sea con el temor al desamparo económico o con la desconfianza en el extranjero. El populista desata, por tanto, las pulsiones e instintos que laten en la psiquis humana, y normalmente lo hace apelando colectivamente al “pueblo” o la “patria”. De ahí proviene, en gran medida, su impresionante fuerza de movilización: el líder populista no moviliza personas, individuos o ciudadanos, moviliza pueblos, naciones e identidades.

Por esta razón, el populista se preocupa de realzar el carácter identitario de los miembros de su clan, esto es, la identidad colectiva que los une y que, al mismo tiempo, difumina y desvanece sus propias individualidades. En determinadas ocasiones, incluso, el líder populista puede llegar a generar un rito casi sagrado para establecer las “fidelidades”. Por ello, es bastante usual que se utilice la palabra “traición” y “traidor” para señalar a todos quienes osan elaborar la más mínima crítica o manifestar diferencias desde la misma vereda ideológica que lo ampara. Se trata, así, de reproducir la lógica de la guerra tribal. Es más, el populista más radicalizado busca incluso “depurar” su sector de todos los “blandos” o “faltos de carácter”, pero también de los “falsos” y, ciertamente, también de los que se han “vendido” a las ideas del clan contrario. Con todo esto se busca, en el fondo, redefinir “el bien”, pues, como señala Popper: “la teoría colectivista, tribal o totalitaria, de la moralidad [consiste en que] el bien es lo que favorece el interés de mi grupo, de mi tribu, o de mi Estado”⁷.

El populismo no se contenta con medias tintas. Usualmente quienes rodean al líder apelan a su gran “fuerza” o “carácter” para enfrentar y ejecutar los profundos cambios que el pueblo o la nación necesitan para alcanzar el nirvana social y político. El líder populista se muestra, entonces, como el mesías que viene a redimir la política nacional, pues es el único que tiene la fuerza y el ímpetu necesarios para realizar esos cambios radicales. En este sentido, es bastante usual que este tipo de populista defienda e impulse aquello que Popper denomina como una “ingeniería social utópica”, es decir, la ejecución

⁷ *La sociedad abierta y sus enemigos*, 2017: 122.

estatal de unos cambios sociales en apariencia perfectamente planificados, y de carácter radical, que harán en poco tiempo del atribulado presente un futuro inevitablemente feliz⁸.

Pero la miseria del populismo consiste, precisamente, en su incapacidad de producir un verdadero mejoramiento en las condiciones políticas y sociales, porque desconoce –dada su concepción colectivista y tribal de la sociedad– que el avance y la modificación paulatina y moderada de las instituciones sociales y políticas es el único proceso que, en democracia, puede legitimar y producir los cambios necesarios para el real mejoramiento de la situación de la humanidad. El populista ofrece el cielo, pero, en el mejor de los casos, produce una breve sensación de supremacía y preponderancia de un cierto grupo o clan a costas del deterioro de las instituciones sociales y políticas; y en el peor, genera la destrucción de la institucionalidad misma y el rompimiento de los pactos sociales que posibilitan la propia estabilidad democrática.

Por otra parte, cabe destacar que existe una tendencia a confundir la mera radicalización de las ideas con el fenómeno del populismo. Con ello también se confunde el centro político –o mejor dicho “los centros”– con sinónimos de “moderación” o “inmovilidad”. La centroizquierda y la centroderecha, es decir, los sectores más representativos del liberalismo político, no pueden ser los meros guardianes o garantes del *status quo*. En ciertas ocasiones el poder político debe poner en marcha algunas medidas excepcionales que sean realmente transformadoras, tales como, por ejemplo, la reestructuración de ciertos sistemas de seguridad social, o la modificación profunda de los esquemas impositivos, o algunas acciones específicas para evitar la inmigración irregular, entre otras. En buena medida es una responsabilidad política de los centros evitar el estallido

⁸ Por esta razón, Popper distingue con mucha claridad esta “ingeniería social utópica”, que es completamente colectivista e historicista, de lo que él denomina una “tecnología o ingeniería social gradual o fragmentaria (*piecemeal*)”, es decir, una forma de legislación positiva que plantea un cambio social paulatino y en libertad; o dicho de otro modo: una “planificación institucional racional para la libertad (*rational institutional planning for freedom*)”. Comparando su postura con los planteamientos de F. Hayek, en *Camino de servidumbre* (1944), el propio Popper señala: “Lo que yo llamo ‘ingeniería utópica’ coincide en gran parte, a mi parecer, con lo que Hayek llamaría ‘planificación centralizada o colectivista’. El propio Hayek recomienda lo que denomina ‘planificación para la libertad’. Supongo que estaría de acuerdo en que el carácter de esa planificación tendría que coincidir con el de la ‘ingeniería gradual’” (*La sociedad abierta y sus enemigos*, 2017: 575, 612-613).

del populismo. Y eso claramente no se logra a través del inmovilismo o manteniendo a rajatablas el estado actual de cosas.

III. El populismo y las instituciones

Lo anterior adquiere una mayor importancia cuando se comprende que el populismo se alimenta, precisamente, del anquilosamiento y de la descomposición de las instituciones sociales y políticas. De modo similar a como sucede con toda estructura física, las instituciones también están sujetas al deterioro con el paso del tiempo. Para evitar que esto suceda, el liberalismo debe estar siempre en proceso de observación y renovación de dichas estructuras. En un ordenamiento jurídico democrático las instituciones cumplen el rol fundamental de permitir la neutralidad y la igualdad de trato, pero las instituciones mismas no pueden prescindir de quienes las operan, este es un problema que el liberalismo aún no ha resuelto y tal vez nunca logre hacerlo; lo que sí es posible es mejorarlas para evitar la arbitrariedad y la corrupción pública. Por consiguiente, para que la sociedad abierta sea capaz de enfrentar los desafíos de los siempre nuevos tiempos y las dificultades que estos imponen, el cambio social debe ser estable y permanente, pero debe producirse de forma paulatina y fragmentaria. Precisamente apuntando a esta renovación Popper plantea: “El liberalismo [...] cree en la búsqueda de *normas siempre mejorables*, especialmente en el campo de la política y de la legislación”⁹. Esto es así pues no existe política ni legislación que sea completamente infalible y no puede haberla en el futuro, ello implicaría un conocimiento absoluto de los fenómenos sociales sobre los que ellas operan, lo que no es lógica ni científicamente posible¹⁰.

El verdadero progreso social sólo puede ser alcanzado paulatinamente, y debe estar, además, siempre sujeto a la contrastación empírica de los resultados que se producen, ya

⁹ *La sociedad abierta y sus enemigos*, 2017: 803. Las cursivas son mías, la traducción está levemente corregida.

¹⁰ No podemos desarrollar aquí en detalle la epistemología popperiana, basta señalar que el desarrollo de toda institucionalidad positiva está limitada por nuestro conocimiento, el que a su vez es también limitado por condiciones empíricas y teóricas. Por consiguiente, no es posible establecer de una vez y para siempre las instituciones perfectas, pues “si hay en realidad un crecimiento de los conocimientos humanos, no podemos anticipar hoy lo que sabremos sólo mañana” (*La miseria del historicismo*, 2017: 15).

sean éstos fruto de un desarrollo social espontáneo o de la legislación positiva¹¹. Ciertamente, para que estos cambios surtan un efecto real en el mediano y largo plazo, ellos deben ser sometidos permanentemente a un análisis de prueba y error. Nadie tiene la clave para el avance social infalible. La tentación populista de acceder, mediante un atajo o camino corto, a unos supuestos estados sociales de plenitud, siempre hará que el líder populista se acerque a una propuesta de desarrollo diametralmente opuesta a ésta: la ingeniería social utópica, es decir, el cambio brusco, rápido, y ojalá total, de las instituciones sociales y políticas. El populista busca resolver todos los problemas “ya”, de una vez y para siempre, pero para ello requiere de una autoridad que el sistema democrático no es capaz de concederle. Entonces, el propio sistema político aparece como el problema. Así, el populista se encuentra sólo a unos cuantos pasos de la dictadura. No es casual que la experiencia de la humanidad abrazando esta forma de ingeniería social haya sido la que causó, entre el fascismo y el comunismo, más de cien millones de muertes durante el siglo pasado¹².

Pero este progreso social gradual y fragmentario, que es opuesto al progreso utópico ofrecido por el populista, tampoco debe ser confundido con un cierto progresismo ingenuo que cae en el error lógico de suponer que todo cambio social es, por sí mismo, “bueno”. No todo cambio implica necesariamente avance, también puede haber retroceso. Esta forma de credo historicista en el avance social indefinido ha decantado últimamente en una forma de progresismo identitario, esto es, un progresismo que promueve la acción política realzando ciertas identidades de grupos específicos, y que, tal como el populismo, despierta las pulsiones tribales del clan al que se pertenece. Con ello, se rompe con la idea moderna e ilustrada de universalidad y se retorna a una forma de demanda colectivista en donde la persona pierde su identidad individual a manos del colectivo con el que se identifica. El mito del progreso social indefinido, e identitario, está a un paso

¹¹ La teoría del surgimiento espontáneo de las instituciones es planteada así por Popper: “Sólo un reducido número de instituciones sociales son diseñadas deliberadamente, en tanto que la gran mayoría ‘crecen’ simplemente, como resultado involuntario de las acciones humanas” (*La sociedad abierta y sus enemigos*, 2017: 308). Esto no impide, por cierto, que todas las instituciones sociales, cualquiera sea su origen, estén sujetas a un análisis y juicio racional crítico.

¹² Al respecto Popper señala enfáticamente: “Sólo la democracia proporciona un marco institucional capaz de permitir la reforma sin violencia y por consiguiente el uso de la razón en los asuntos políticos” (*La sociedad abierta y sus enemigos*, 2017:18).

del populismo y, lo que es peor, sólo a unos cuantos pasos de la tiranía –si acaso esa doctrina se combina con una coacción estatal que sintetice este progresismo en una forma de ingeniería social utópica.

En los sectores de derecha, en cambio, uno de los rasgos específicos que adquiere el conservadurismo bajo la lógica populista es el *autoritarismo moral*. El líder populista introduce el discurso moral y religioso en la esfera política para utilizarlo como un eficaz instrumento de manipulación de las pulsiones colectivistas. Ciertos sectores de la población que profesan algún credo cristiano están especialmente expuestos a esta coacción populista. En este sentido, es fundamental separar claramente esta forma de conservadurismo populista y autoritario, de su versión tradicional o clásica. El conservador clásico defiende la responsabilidad individual, la propiedad privada, una intervención estatal limitada y el mantenimiento de las instituciones sociales tradicionales, mientras que el conservador autoritario busca utilizar el poder estatal para establecer coactivamente la dirección moral de la comunidad. Un claro ejemplo de estas diferencias es el reciente, e inaudito, llamado a una suerte de “toque de queda” juvenil, mediante el cual un cierto conservadurismo autoritario buscaba anular de facto, y por medio de coerción estatal, la autoridad y la responsabilidad paterna sobre los hijos y sus horarios. Un asunto que a los ojos de todo conservador clásico debería representar una inaceptable interferencia del poder político sobre la institucionalidad de la familia tradicional y la figura del *pater familias*, sin embargo, fue celebrado por los conservadores autoritarios.

IV. Estrategias discursivas que utiliza el populismo

En cuanto a las estrategias discursivas que utiliza hoy el populismo, éstas se han visto modificadas y amplificadas por el predominio de las redes sociales frente a otros medios de comunicación. La hiperconexión actual promueve la difusión de ideas simples y rudimentarias. Para lograr sobresalir entre ese mar de información disponible, el líder populista necesita hacer ruido, necesita obtener numerosos “me gusta” y “retuit” de manera rápida y sencilla, y para eso utiliza básicamente dos estrategias: la primera es

usar una forma de comunicación espectacular, efectista, hacer de la política un espectáculo de masas, una suerte de *reality show*; y la segunda, es hablarle permanentemente a su nicho más duro de votantes, a su base. Basta conectar con ellos para comenzar a sobresalir en las redes. En este afán de exposición mediática, el político populista busca otras veces asemejarse a héroes de caricatura –especialmente el líder de derechas– y mostrar así una imagen que le permita alardear de su “dureza”, o de su lenguaje “sin filtro”. Esto cumple dos funciones fundamentales: por una parte ayuda al populista a empinarse rápidamente en los comentarios de las redes sociales, y por otra, le permite infantilizar a sus votantes, retro trayéndolos a un estado pueril en el cual las pulsiones tribales se desatan sin la contención propia de la adultez.

Otra estrategia digna de comentar es la de un cierto populismo *soft*, es decir, aquella forma de populismo que muta de caras ideológicas dependiendo de las circunstancias. En este caso, el líder populista parece no tener ideología política, pero en realidad ésta se encuentra siempre tras una pantalla de apariencia puramente pragmática. Así, hay populistas que gustan hacer creer a la gente que lo que se necesita en sus comunidades son una tienda de discos musicales, un matinal de tv o una playa de arena municipal. Una de las características específicas de este tipo de populismo es que parece haber dejado atrás las formas violentas o autoritarias. Este modelo de líder populista no es precisamente un “sujeto revolucionario”. Sin embargo, hasta qué punto llega el minado y la descomposición de la institucionalidad social y política bajo su mandato, nunca se sabe con exactitud, parece inofensivo, pero en realidad puede llegar a ser altamente destructivo.

En un mundo “postideológico”, el populista tiene menos espacios para ofrecer el sueño de un “mundo nuevo”, de un cambio social total. Las quimeras ideológicas propias de los totalitarismos del siglo pasado parecen haber quedado en el olvido. Pero esto no impide que el populista pueda seguir ofreciendo un “mejoramiento” social acelerado y sin sustento empírico, mediante el cual haya fulminantes avances y un progreso indefinido en todas las esferas de la vida humana (económica, social, medioambiental, etc). Por lo tanto, a pesar de esta situación postideológica en la que nos encontramos, el populista puede seguir vendiendo un sueño, puede seguir ofreciendo un utopismo, en el sentido

de un mejoramiento de la noche a la mañana de las condiciones sociales. Pero es cierto, al menos ya no puede vender el sueño ideológico de “un mundo sin clases”, un mundo realmente “proletario”, o mundo moral o racialmente perfecto, la institucionalidad social y política se lo ha hecho virtualmente imposible.

V. La futilidad del populismo y su contención

Así pues, la miseria del populismo consiste precisamente en que mientras su promesa es la de producir grandes cambios sociales, no es capaz de generar más que un efímero bienestar social a costas de un “sobregiro” de la institucionalidad. La gran pregunta, hoy, es si acaso se debe aplicar una estrategia de aislamiento político de los liderazgos populistas o si, por el contrario, se los debe incorporar en proyectos ya institucionalizados. Sin embargo, nada indica que una de estas dos alternativas sea preferible, o que una sea más viable que la otra. El populismo puede él mismo institucionalizarse, crear partidos políticos e integrar alianzas de gobierno¹³. Lo importante es que, desde la institucionalidad democrática, se tomen los resguardos para que el populista haga el menor daño posible. Esto último debería incluir medidas institucionales para evitar el riesgo de que el político responsable y moderado caiga en la tentación del tribalismo y se radicalice, como en cierta medida sucedió en el caso de la Concertación mutando hacia la fugaz Nueva Mayoría. Chile vamos –la alianza política de centroderecha que gobierna hoy Chile– debe tomar nota de esa experiencia histórica y debe sacar sus propias conclusiones.

Por supuesto no todo está perdido. El rearme de una nueva coalición de centroizquierda socialdemócrata como el que está aconteciendo hoy en Chile es auspicioso. Es de esperar que se produzca, también, la consolidación de una centroderecha institucional, en donde la tentación populista –a la que nunca se puede ser completamente inmune– se encuentre bajo un férreo control. Tal vez, lo más importante para lograr todo esto sea la

¹³ Las instituciones son neutras, su beneficio o su perjuicio sobre las personas dependerá en buena medida de quienes las operan, pues, “como las máquinas, las instituciones multiplican nuestro poder *para el bien y para el mal*” (Popper, *La sociedad abierta y sus enemigos*, 2017: 82, las cursivas son mías).

necesidad de realzar el sentido de responsabilidad política, sentido que las élites tienden a olvidar cuando no están en el poder o temen perderlo. La derecha chilena y sus líderes enfrentarán muy pronto esta prueba de su responsabilidad; esa prueba que, lamentablemente, la Concertación no logró en su momento superar, ¿será distinta esta vez la historia?